

M. MARKUSEN

# Rumbo a las Nubes

PORQUE LOS MALOS TRATOS DE UN  
NARCISISTA NO LE IMPIDIERON VOLAR

BASADA EN HECHOS REALES

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del M. Markusen. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Primera edición

© M. Markusen. Todos los derechos reservados.

Safe creative 'Rumbo a las nubes' 5894176963325

Instagram @marcmarkusen

Portada adquirida en Canva.com

[www.mmarkusen.com](http://www.mmarkusen.com)

*A la protagonista.*

*Gracias por darme la oportunidad de mostrar tu realidad,  
aun sabiendo lo complicado que resulta sacarla a flote.*

### **Advertencia de contenido:**

Esta novela, basada en hechos reales, aborda temas de *maltrato y violencia de género*, incluyendo escenas de abuso físico y emocional que podrían resultar perturbadoras para algunos lectores. Contiene lenguaje explícito y situaciones que reflejan de manera cruda la realidad de la violencia doméstica. Se recomienda discreción y una lectura consciente, especialmente para quienes puedan ser sensibles a este tipo de contenido.

Contiene mensajes reales de WhatsApp que pueden herir la sensibilidad.

**Si estás sufriendo malos tratos, no dudes y llama al 016.**

# 1

## Miedosa

No todos los hombres son iguales.  
No todos fueron como lo fue él.  
Algunos, incluso, me ayudaron a escapar de sus garras.  
No todos me llamaron "zorra" o "cerda" y me levantaron la mano.

Creí todo lo que me prometió. Creí cada una de sus putas palabras.

Pero no nos adelantemos. Empezaré contándote la historia del primer hombre que dejó una marca en mi vida; y tú, serás mi *Confidente* desde ahí afuera.

Siempre tuve un pánico muy profundo a las tormentas; incluso hoy en día mantengo ese temor. Me angustia la incertidumbre que produce una tempestad, como si un dios autoritario hubiera impuesto su voluntad.

La peor de mis pesadillas se hacía realidad cuando el viento empezaba a silbar con fuerza, haciendo tintinear el cristal de mi ventana. Veía con ojos llorosos como, envueltas en la oscuridad de la noche, las nubes negras se aproximaban cargadas de

rayos. Parecían titanes patizambos ansiosos por derribar mi casa, rompiendo el mundo con cada aplastante paso. Mi corazón se aceleraba fuera de control al verlas aproximándose hacia mí.

Aquellos ensordecedores impactos que retumbaban contra la ventana de mi habitación una y otra vez, hasta casi romperla, no me permitían conciliar el sueño en paz. Pensaba que, si dormía, existía la remota posibilidad de no volver a despertar jamás porque mi vida llegaría a su fin, absorbida por un huracán que se llevaría mi cuerpo lejos de mi hogar, fuera del alcance de mi familia. Mi temor infantil sentía que, incluso manteniéndome despierta, el vidrio no sería capaz de resistir los incesantes golpes de esos terroríficos truenos, y cientos de diminutos afilados trozos de cristal saldrían disparados contra mi cuerpo como lo haría la metralla en una explosión.

Te preguntarás, *Confidente*: "¿de dónde procede esta angustia tan intensa?" Los griegos la llamaban astrafofia y, según me contó mi madre, una vez, siendo yo una niña muy pequeñita, un rayo golpeó con fuerza en el jardín de nuestra casa e hizo retumbar todo a nuestro alrededor. Yo estaba sola, en mi habitación, confusa y aterrada.

¿Qué había pasado? ¿Acaso algún monstruo llegó para apoderarse del mundo?

Qué curioso. De pequeña, creía en monstruos. Al crecer, dejé de hacerlo. Pero al madurar un poco más, lancé carcajadas y derramé un mar de lágrimas, me sumergí en sueños y ardí en pesadillas, hice el amor y morí de dolor con alguno.

Paradójico...

Volviendo a las tormentas y el rayo del jardín. Me sentí vulnerable y, buscando mi protección, me lancé sobre el suelo y lloré..., lloré con intensidad durante largas horas. Ella recuerda que no lograba tranquilizarme ni sobre los brazos de mis padres. ¿Es posible que el trauma surgiera en ese momento? No lo descartaría, la verdad.

Las tormentas son comunes en Buenos Aires, especialmente durante la primavera y el verano, que allí transcurre en las fechas de Navidad.

Si vives en Europa, te extrañará imaginar el verano en estas fechas, pero ¿sabías que la tierra no es plana, aunque lo digan conspiracionistas en YouTube lo bastante aburridos como para perder el tiempo inventando teorías obsoletas e imposibles de demostrar?

Recuerdo las temporadas de intensas tormentas y cómo, con cada estruendo golpeando mis oídos, mi cuerpo entraba en un terror purificado. Ninguno de los peluches de mi habitación, entre ellos, el perrito Vicente, con su gran barriga y pereza crónica, y el unicornio Antonio, con su cabeza hueca y estancamiento intelectual, hacían nada por socorrerme. Se limitaban a reflejar en sus ojos de plástico la luz que emitían los rayos de la lejanía mientras yo gritaba desesperada, reclamando el auxilio de mi padre. Él acudía al rescate en mitad de la tormentosa noche; aunque sin prisa. Él era muy consciente de que no existía ningún problema y mis alaridos no eran más que el fruto de los temores de una niña pequeña que desconocía el funcionamiento del clima. Por suerte, era comprensivo y se sentaba en mi cama a mi lado intentando calmarme, siempre. Agarraba mis manitas, que sostenían la sábana de mi cama, tapando mi cuerpo hasta la frente para crear un escudo suave, aunque algo absurdo en caso de catástrofe climatológica, y las bajaba con delicadeza con la intención de encontrarse con mis ojos, húmedos por el miedo.

—¡Cielo, estás aquí! —saludaba mi padre con una tierna sonrisa de comprensión—. Me ha costado encontrarte con tu camuflaje: una sábana sobre la cabeza.

Él y su sarcasmo.

No es muy alto y tiene el cabello oscuro, pero su formalidad y porte imponen un profundo respeto.

—No consigo dormir, papá —indiqué—. ¡Tengo mucho miedo!

—¿Insomnio de nuevo? Déjame adivinar. ¿Es por la tormenta?

—Sabes que no me gustan, papá —le recordé.

—¿Por qué te asustan tanto, cielo? Solo es una acumulación de nubes inofensivas. Además, estás dentro de casa y aquí no corres ningún peligro. Y si es por los truenos, pasarán dentro de un rato y desaparecerán; te doy mi palabra. Las tormentas son como... —Puso el dedo en su frente, pensando en una relación para utilizar como ejemplo—. ¡Lo tengo! Son como una botella llena de agua que se vacía poco a poco. Cuando no queda agua en las nubes, la tormenta termina. No duran para siempre.

Nada en la vida lo hace.

Mi padre intentaba apaciguar mi ansiedad, ilustrándome sobre el mecanismo de mi temor. No funcionó en ese momento y seguí en mis trece.

—Papá, no quiero que se rompa mi ventana y me corte la piel —le rogaba.

—¿Que te corte el qué? —reía él por lo bajo con ternura, mientras unía los cinco dedos de su mano derecha y la movía arriba y abajo, gesticulando incredulidad. ¿Recuerdas el típico gesto que hacen los italianos? Pues es exactamente lo mismo, aunque los argentinos lo solemos hacer con una mano en lugar de con las dos—. Mi amor, hazme caso; no se romperá tu ventana. Créeme. Si esta tormenta tuviera la fuerza suficiente como para hacer que el cristal estalle en mil pedazos, estaríamos todos durmiendo en el sótano. No permitiría que os pasara nada, confía en mí. Pero si tienes mucho miedo, puedo preguntarle a tu hermana mayor si quiere quedarse a dormir contigo.

Durante los años que pasamos en Argentina, éramos de clase alta. Teníamos una gran casa con un sótano seguro. Servía para almacenaje de ropa vieja, juguetes olvidados, tecnología obsoleta y muebles dañados, entre muchas más cosas; y era frío, oscuro y tenebroso. No era un lugar agradable en el que a una niña le gustaría cobijarse de una tormenta. Mi habitación era una opción mejor, sin lugar a duda; y mi padre siempre tuvo



razón respecto a la seguridad porque nunca fue necesario bajar a ese siniestro lugar para estar a salvo de los pisotones de los gigantes.

Llegaban los relámpagos, uno tras otro, cada vez con más intensidad, como animales salvajes intentando atraparme, luchando entre ellos por atravesar mi cristal y darse un festín con carne de niña bañada en salsa chimichurri.

Mi cuerpo temblaba de miedo y me abracé a mi padre con fuerza.

—Papá, ¿te puedes quedar aquí conmigo hasta que se calme la tormenta? —le rogué.

Cada vez que le pedía lo mismo, lanzaba un suspiro de resignación. Era su manera de aceptar la derrota y dejar de insistir en mi apaciguamiento.

—Está bien, cielo. Tú ganas. Me tumbaré contigo hasta que se vacíe la botella.

Y así hacía. Se acurrucaba a mi lado y me quedaba dormida al centrarme en su respiración y apartar de mi mente aquella aterradora noche.

Una vez, el cielo lloraba con una intensidad tan abrumadora, como si todos los pájaros hubieran desaparecido y nada pudiera calmar su pena; y una familia de gigantes saltaba tanto sobre el mundo, chapoteando en los charcos y haciendo temblar la realidad, que no podía pegar ojo. Aquella noche, mi padre agarró mi mano, me sacó de la cama y, sentados junto a la ventana, me explicó el funcionamiento del sonido. Escuché su lección atenta, observando las gotas deslizándose por el cristal. Con su dedo índice, señaló a su oído para que prestara atención al momento en el que la luz emitida por un rayo nos cegara y diera comienzo la cuenta...

Y llegó.

El firmamento se iluminó con un tono dorado y un profundo silencio agarrado a su mano.

—¡Ahora, cielo! Vamos a contar —susurró con entusiasmo y yo le presté atención con gran interés—. Un segundo, dos

segundos, tres segundos... —El colosal sonido impactó contra nosotros y me sobresaltó al cazarme centrada en la cuenta junto a mi padre—. ¿Has visto? El sonido ha tardado tres segundos en llegar hasta aquí; eso significa que ha recorrido tres millas. ¿Y qué sabemos ahora gracias a esta información?

—Pues, creo que sabemos... ¿que la tormenta está lejos? —teoricé.

—¡Exacto, cariño! Muy lista. —Otra luz alcanzó nuestros ojos—. ¡Mira, otra vez! ¿Contamos juntos los segundos?

—¡Vale, papá! Pero...

—Pero ¿qué?

Mi interrupción permitió que el sonido llegara sin que nos diera tiempo de contar.

—Pero deberíamos empezar a la vez, sin perder tiempo, porque al preguntarme si contamos, perdemos segundos para calcular la distancia —sugerí, y mi propuesta hizo gracia a mi padre.

—Tienes razón, mi vida. Has sido muy perspicaz.

Otra luz llegó y ambos abrimos los ojos como platos.

—¡Kabum! —exclamamos a la vez, mientras contamos con los dedos el paso del tiempo—. ¡Un segundo, dos segundos, tres segundos...!

Mi padre convirtió mi mayor temor en un divertido juego.

Confiaba en él entonces, y lo sigo haciendo ahora. Es mi refugio, mi superhéroe, el confidente que siempre escucha y el amigo que nunca falla. También mi consejero. Pero no es perfecto. Tiene un lado canalla sin llegar a ser mala persona. Es bromista, un tanto alocado, amante de la vida... y sí, algo mujeriego. Aun así, nunca ha dejado de estar a mi lado cuando más lo he necesitado.

En una ocasión, nos llevó a mi hermana tres años mayor, Claudia Paola, y a mí, cuando apenas tenía nueve años, a ver un partido del Boca Junios.

Claudia siempre fue ligeramente más alta que yo; con ojos rasgados, diferentes de los míos, que son más pequeños y

profundos. Su piel, a diferencia de la mía que es oscura como una tostada levemente calentada, es pálida. ¡Por lo menos coincidimos en el pelo, que ambas lo tenemos largo y castaño oscuro, porque cualquiera pensaría que no somos hermanas!

Ella detesta su segundo nombre.

Paola.

Se molesta al escucharlo y nosotros, conscientes de ello, la hacemos rabiarse al recordárselo haciendo un inciso tras una discusión.

Crecimos juntas y actualmente somos uña y carne a pesar de nuestras rencillas. Siempre estuvimos la una para la otra y lo estaremos para el resto de nuestras vidas.

El estadio del Boca Juniors, conocido como La Bombonera, resulta impactante cuando lo contemplan los ojos de una niña. Nací en mil novecientos ochenta y siete, y si eres mínimamente conocedor del fútbol sabrás que, en el Boca, en el año noventa y seis concretamente, jugaba el único e inigualable Pelusa, el Dios del fútbol, el señor don Diego Armando Maradona. Verlo en directo fue toda una experiencia única que permanece grabada en mi memoria, a pesar de que solo pudimos ver su gran melena zarandeándose mientras corría debido a lo lejos que nos tocó sentarnos.

Cuando recreo en mi cabeza los cánticos de la pletórica multitud, recuerdo los himnos interpretados a pleno pulmón y visualizo las bufandas con los escudos girando en el aire, aún se me pone la piel de gallina.

—¡Olé, olé, olé, olé, Diego, Diego! —cantaban con euforia más de cincuenta mil voces al unísono.

Todo fue bien hasta que, sin recordar cuál fue el motivo de la tensión que brotaba, el público empezó a ponerse nervioso y subió el tono de su voz hasta convertirlo en un griterío agresivo y amenazante. Mi padre, preocupado por sus hijas y previniendo un posible conflicto que por suerte nunca sucedió, nos sacó del estadio a las dos. Su acto puede parecer algo lógico y banal para un europeo, pero para un argentino el fútbol es una

forma de vida, casi una religión, así que sacarnos de allí cuando todo parecía volver a su cauce, quizá exagere, pero para una niña representa un acto casi heroico.

Siempre tuve un pánico muy profundo a las tormentas y quería que mi fobia desapareciera, así que medité una solución. Me sentía extremadamente vulnerable frente a una tormenta. ¿Existe alguna forma mejor para vencer a tu enemigo que conociéndolo? Necesitaba saber cómo funcionaba ese monstruo que, algunas noches, acechaba tras mi ventana. Debía ser capaz de controlar la situación y reducir mi miedo. Como se suele decir: "conoce a tu enemigo". Me empeñé en aprender qué nubes eran más densas y cuáles serían de tormenta, cuáles de granizo, y cómo se vería un cielo con viento en altura.

Pedí a mi padre que me acompañara al centro meteorológico nacional de Buenos Aires y, a pesar de que debe ser el lugar más aburrido del planeta para un padre, me llevó sin quejarse. Al menos, no puso cara de malestar, y si por dentro ardía en deseos de marcharse, supo disimularlo muy bien. Supongo que debió sentirse como Homer Simpson en el capítulo que visita el museo egipcio junto a Lisa y no comprende nada de lo que ella le explica y se limita a seguirle la corriente.

¡Me fascinó todo lo que vieron mis juveniles ojos! Parecía una niña adicta al azúcar visitando la fábrica de Willy Wonka. Había instrumentos meteorológicos por todas partes. Barómetros e higrómetros, entre otros útiles que se utilizaban para medir el clima en el pasado y la actualidad. En algunas plataformas con maquetas muy bien elaboradas, unos animatrónicos mostraban cómo se producían los huracanes, que tipos de nubes existían, cómo nacían los tornados y, por supuesto, no podían faltar mis queridas tormentas.

La gente suele engancharse al cine, los videojuegos o el fútbol. Yo no. Yo me volví adicta a la meteorología.

Como anotación, diré que mi nube favorita fue la Charlie Bravo. Su densidad es tan grande que un avión puede, literalmente, desintegrarse al chocar con ella.

Pasado un leve periodo de tiempo, la escuela organizó una excursión a una exposición de meteorología. Mis compañeros se estaban aburriendo hasta la extenuación, pero conformados con no estar en clase estudiando; por el contrario, yo estaba entusiasmada. No pude verme a mí misma, pero estoy segura de que mis ojos brillaban de emoción. Durante una presentación, los meteorólogos del museo preguntaron: "¿Quién quiere ser meteorólogo?" Estaba claro que no esperaban que alguien alzara la mano, pero, por sorpresa, yo lo hice. Daba saltitos, zarrandeando el brazo para llamar su atención. Mis compañeros me miraban entre ellos, riendo para sí mismos; sin embargo, los meteorólogos quedaron estupefactos al comprobar, y apostaría que, por primera vez, cómo un estudiante se interesaba por el tema. Les sorprendí tanto que me regalaron varios libros sobre meteorología, y los devoré en poco tiempo.

Recuerdo que, durante un viaje en barco con mi familia y cuando apenas tenía siete años, nos paralizó una intensa niebla en mitad del mar. No nos permitió avanzar y tuvimos que echar el ancla hasta esperar a que se disolviera. Por cuenta propia, informé a los pasajeros de las causas de la niebla y cuánto tiempo tardaría en resolverse el fenómeno. Se quedaron perplejos ante mi nivel de cocimiento y tecnicismo respecto al tema.

No todos los hombres son iguales.

No todos son como lo fue él, y no me refiero a mi padre.

Creí todo lo que me prometió. Creí cada una de sus putas palabras.

Creí aquellos sueños que surgían durante nuestras conversaciones en la playa, acompañados por el relajante sonido de las olas, escuchándose a metros, labrando un idealizado y hermoso futuro juntos en nuestra imaginación; creí lo mucho que él me amaba con cada "te quiero" que me susurraba mientras acariciaba mi mejilla, con cada "te deseo" que llegaba a mi móvil tras una apasionada noche haciendo el amor, con cada "te amo" al que adjuntaba una tierna sonrisa mientras tocaba mi pelo;

creí, atrapada en sus brillantes ojos verdes, en él de la misma manera que creí en mi padre.

¡Qué despistada soy, *Confidente!* Olvidé presentarme.

Andrea Luciana Torres Casas, ese es mi extenso nombre. Pero puedes llamarme Andre si te apetece. No insistas en darme tu opinión respecto a cómo puedes llamarme, porque no puedo escucharte; no soy más que un conjunto de palabras agrupadas por un escritor calvo para narrar la historia de mi vida.

Soy de estatura media para ser una chica. Aunque, ¿existe alguna medida estándar para las mujeres? Para dejarlo claro de una manera más simple, la mayoría de los chicos son algo más altos que yo. Como expliqué durante el partido del Boca Juniors: mi cabello es largo, ondulado y castaño, y mi piel es ligeramente tostada porque amo tomar el sol y dar largos paseos junto al mar.

Tengo un gran sentido común y es probable que te dieras cuenta de que Andrea no es mi auténtico nombre. De hecho, te advierto de que, por obvias razones, ninguno de los que aparezca en esta novela lo será. Pero eso es lo de menos, porque lo importante será la historia que relataré sobre mi vida. Bueno..., lo hará mi amigo, el escritor calvo. Yo le contaré mi pasado y él te lo... Tú ya me entiendes, *Confidente*.

El tiempo pasó y en el año dos mil uno la economía argentina colapsó con la llegada del corralito. Mi padre, al ser jefe en una mesa de valores de un banco, supo de buena mano lo que iba a pasar y pudo reaccionar a tiempo. Cogimos algunas de nuestras cosas, reunimos el dinero que pudimos y emigramos a España. Al tener parientes gallegos, no tuvimos demasiados problemas burocráticos para entrar en el país.

El hermano de mi padre, por su parte, se fue a Miami, abrió un taller mecánico y le fue bastante bien. Tiene una casa grande y lujosa en un barrio de clase alta. A nosotros, nos costó bastante más prosperar. Pero no me quejo. Soy de esas personas que piensan que todo sucede por una razón.

Para llegar hasta España tuve que pasar por la peor de mis fobias.

Volar en avión.

Si bien, mi miedo a las tormentas es un problema que he logrado controlar en cierta medida; este, por el contrario, todavía me produce escalofríos y sudores fríos.

¿Recuerdas, *Confidente*, la nube Charlie Bravo? Aquella capaz de convertir un robusto avión en papilla. Pues imagina una niña de catorce años, obsesionada con la meteorología, más en concreto, con las nubes apocalípticas, paralizada frente a un gran pájaro de hierro. Amo la seguridad, amo estar a salvo, y dentro de las entrañas de ese monstruo no podía tener nada bajo mi control. Pero no tuve otra opción, así que hice de tripas corazón, entré, conteniendo gotas de pipí por el miedo, y tomé asiento, rumbo a una nueva vida, rumbo a las nubes.

No fue mi primera vez; he cogido más veces el avión que el metro. El más aterrador de mis viajes fue a Miami con toda mi familia, cuando apenas tenía once años. Contratamos la aerolínea Lan Chile, despegando en Buenos Aires y cruzando la famosa cordillera Los Andes.

¿El nombre no te suena, *Confidente*? Es el lugar donde se estrelló el avión con un equipo de rugby uruguayo y los supervivientes no tuvieron más opción que zamparse a sus amigos y familiares para lograr sobrevivir en un ambiente hostil. ¿No has visto "La Sociedad de la Nieve"? Pues ya estás tardando en hacerlo.

Si volar me estresaba demasiado, imagina hacerlo sobre la zona en la que un avión se estrelló y los supervivientes recurrieron a la antropofagia. Por suerte, una niña de once años no debía tener mucha carne; o eso pensé traumatizada al recordar la película "Viven".

Durante el vuelo, me aferré al asiento con uñas y dientes, mientras mi corazón intentaba salirse de mi pecho como si fuera un xenomorfo deseando nacer.

No soy fan de la saga Alien, pero el autor calvo de esta novela la adora y se está tomando ciertas licencias creativas.

Mi padre estaba sentado a mi lado. Es piloto, aunque no se dedicó a ello; pero me vino de perlas su conocimiento en ese momento porque, para regular mi ansiedad, me explicó las comprobaciones que hacían los pilotos antes de despegar: para qué servían los flaps y slats, cómo funcionaba el tren de aterrizaje y más cosas que ahora mismo no recuerdo.

Te preguntarás, *Confidente*, ¿qué son los flaps y los slats? Partes móviles en las alas.

—Es un vuelo de rutina para esta aerolínea; sobrevuelan esta cordillera varias veces al día —explicó papá—. No te preocupes, cariño; es algo habitual para ellos. Y las turbulencias son completamente normales.

—Ya, ya... —susurré, combinando mi estado de terror e hiperventilando con prestar atención a las lecciones que mi padre me daba.

—El viento pega en el borde del ala y esta sube, empujando el avión hacia arriba. Con la misma dinámica, el viento baja por la montaña, haciendo que el avión baje. La sensación que notas en el estómago, como si estuvieras en una montaña rusa, es completamente normal —seguía envuelta en terror, respirando con dificultad—. Si tienes miedo, mira la cara de las azafatas y verás como ellas, a pesar de las turbulencias, están serenas y relajadas. Imagina que estás en un coche y salta en un bache. —Miré por la ventana y mi temor aumentó al comprobar cómo las alas se tambaleaban arriba y abajo. Mi padre se dio cuenta al ver mi expresión de asombro—. No te preocupes por eso, el avión ha sido diseñado para doblar sus alas casi hasta la mitad sin romperse.

En mis pensamientos, eso no era así y las alas se partían en dos, como un juguete endeble en manos de un niño irresponsable. No pude contener mi temor y arranqué a llorar. Así lo hice durante todo el trayecto. Para colmo, las azafatas no parecían



tan relajadas como aseguraba mi padre y tuvieron que suspender el servicio de bebidas debido a las intensas turbulencias.

Mi pesadilla no había terminado; aún quedaba un vuelo a Miami en el colosal y titánico Boeing 747-300 Jumbo. Por si no lo conoces, el avión consta de dos plantas, mide setenta metros de longitud y pesa nada más y nada menos que cuatrocientas toneladas. Esta mole de hierro vuela a catorce mil metros de altura. Casi me meo encima, literalmente, al contemplar aquel Godzilla de acero desde la manga de embarque.

—Pero ¿cómo demonios logra volar este monstruo? —pensé, con un sudor frío resbalando por mi frente—. ¡Es imposible que algo semejante levante el vuelo!

Papá puso su mano sobre mi hombro, intentando calmar mis nervios. Ambos observamos nuestro próximo medio de transporte. Él, relajado y emanando un aura de paz interior, y yo, al borde del infarto.

—No estés nerviosa, cielo. Ese avión cuenta con cuatro motores —explicó—. Vuela tan alto que prácticamente no se topa con nubes. Por ello, es menos propenso a las turbulencias. Y en caso de que se tope con alguna, es tan grande que las aparta.

Por suerte para mí, papá tenía razón.

El transcurso de este viaje, a diferencia del anterior, fue tranquilo. El interior del avión me recordaba a un hotel: podías caminar libremente, subir escaleras, conocer gente... ¡Incluso jugar a las cartas en el pasillo! Había camas, pero no pude pegar ojo. Nunca he dormido en ningún vuelo, aunque durase doce horas.

¿Cuál es la relación entre mi miedo a volar con las tormentas? Excelente pregunta, *Confidente*.

El avión me parece un artilugio aterrador por el simple hecho de volar. ¿Debajo de los asientos hay salvavidas? Sí, pero nunca me generaron confianza. ¿En qué otro medio de transporte dedican los primeros quince minutos para explicarte cómo sobrevivir en caso de emergencia? Cómo respirar si se despresuriza la cabina, cómo usar las puertas de un aterrizaje

forzoso en el agua, cómo bajar por el tobogán hinchable o por qué es obligatorio el uso del cinturón durante todo el vuelo. Si añadimos a ese menú fatal que el avión viaja por el cielo a la intemperie, rodeado de nubes, viento, rayos y todo tipo de fenómenos meteorológicos, tenemos la degustación que más temo. Cada vez que tengo que subir a uno, hago un curso durante un mes antes de despegar. Tantas veces lo he hecho que me lo aprendí de memoria. Detesto ese rollo de "el transporte más seguro del mundo"; y sí, estadísticamente lo es. Pero si lo comparo con un coche, creo que el terror se produce porque el accidente en un avión lo ves venir con mucha antelación; da tiempo de sobra para ser consciente de que vas a morir, y me aterra la idea de ese posible presagio del final.

Mi fobia alcanza su cénit cuando voy acompañada al aeropuerto. Aunque no sea pasajera del viaje, no soporto la sensación que me produce ignorar qué sucederá con ese familiar o amigo. Incluso, cuando veo uno sobrevolando el cielo, me entra un cosquilleo desagradable en el estómago, como el que sientes cuando empiezas a marearte antes de vomitar.

Resumiendo hasta llegar al centro del asunto. Llegué aquí, a España, si no recuerdo mal, con apenas catorce años. Viajé con Iberia, rumbo a mi nueva vida. Me acompañó mi madre, un poco más alta que mi padre, rubia y elegante; junto a mi hermana mayor, Claudia, y mi hermano pequeño, Nicolás, que apenas se mantenía en pie y chapurreaba palabras cuando vinimos a España. El renacuajo de Nico, que fue el centro de atención de las chicas durante su pubertad gracias a su delgadez estéticamente interesante, sonrisa cautivadora cortesía de unos buenos genes y, al igual que su hermana Andre, una envidiable piel color tostado.

No me hace falta abuela.

Mi hermano pequeño soportó las bromas de sus hermanas mayores con intensas pataletas y fuertes portazos.

Los tres hermanos hemos tenido nuestras diferencias. Sin embargo, nos amamos y ayudamos en la medida de lo posible. Daría mi vida por ellos sin dudarlo ni un instante.

Mi padre, mi superhéroe, no viajó con nosotros porque realizó el viaje antes para solucionar el papeleo. Eché de menos sus clases de vuelo.

Nos tocó en la fila central, sin ventanas. Sentí tanta claustrofobia que me subió la fiebre y estuve al borde del colapso físico y mental hasta el momento del aterrizaje. Fueron algunas de las doce horas más horribles y largas de toda mi joven vida. Pero, contra todo pronóstico, sobreviví.

Y llegamos a España.

Una adolescente adaptándose a una cultura nueva era un manojo de nervios al cincuenta por ciento por desconocer qué iba a encontrar, un veinticinco por ciento de gran pesar por dejar atrás a los amigos y a la familia, y otro veinticinco por ciento restante de: "¿Y si aquí no soy feliz? ¿Me deprimiré y nadie me comprenderá! ¡Jolín!" Recuerda que era adolescente y está implícito que en esa etapa todos nos volvemos un poco gilipollas.

Mi padre, un destacado economista y jefe en la mesa de valores de un banco de Buenos Aires, pasó de estar en la cima de su carrera a verse obligado a servir café y cerveza en la cafetería de un cuartel de la policía local de Valencia porque no tuvo otra opción si quería alimentar a la familia y pagar el alquiler.

No pienses mal de mí, siempre estuve orgullosa de él. Lo dio todo y más por nosotros. Era un trabajo digno como cualquier otro, sin embargo, no le fascinaba.

Mi madre se adaptó poco a poco a nuestra nueva vida. Encontró algún trabajo casual y sociabilizó con los vecinos.

Algunos parientes más, como tíos, primos y abuelos, nos acompañaron en nuestro viaje. Pero no hablaré de ellos por ahora porque no son relevantes en la historia, *Confidente*. Los conocerás cuando llegue el momento adecuado.

Esta nueva vida fue todo un choque cultural para mí. En Argentina, fui a un colegio exclusivamente femenino durante toda

la primaria, y justo en el curso que me tocó marcharme, en primero de secundaria, comenzó a hacerse mixto. Apenas fui al instituto durante tres meses, por ello regalé mi mochila, estuche y libretas a compañeros y amigos.

Llegamos a la provincia española de Valencia durante marzo, en plena celebración de las Fallas. ¿No eres de aquí y no sabes qué son? Pues, desde la humilde opinión del autor calvo de esta novela y valenciano de pura cepa: "es una fiesta regional que se parece a la película La Purga. Puedes hacer lo que quieras sin consecuencias legales, a excepción de matar personas." No les tiene mucho agrado; no tomes en serio su opinión. Solo es para que te hagas una idea. Durante un mes entero tiran pirotecnia, hacen pasacalles, fríen churros, queman monumentos y cosas así.

En fin...

Como en España solo quedaba un trimestre para terminar las clases, no fuimos al colegio hasta septiembre. Ese año tuve unos seis meses de vacaciones. ¡Vaya bienvenida!, ¿no te parece? ¿Qué adolescente no soñaría con seis meses para hacer el vago y rascar sus partes nobles a dos manos? Pues, aunque te sorprenda, mi percepción fue distinta. Mi estado mental en aquel momento podría definirse como un huracán girando a mi alrededor; sufría emociones complicadas de descifrar. Dejar atrás mi país fue igual de intenso que un viento arrasando con mi pasado y avanzando hacia un futuro vacío e incierto. Las olas de nostalgia chocaban entre sí, como si mi corazón estuviera en el ojo de la tormenta. Argentina, mi refugio, se desmoronaba, y mi nueva y extraña vida se disolvía bajo mis pies como la arena, obligándome a caminar con fuerza para escapar del caos y poner orden en mis nuevos proyectos.

Pero como se suele decir, "el tiempo todo lo cura". Aunque, en mi opinión, las cicatrices provocadas con rencor jamás se cierran. Esa herida se abrirá durante tu vida, una y otra vez, haciéndote sangrar de nuevo.

Los insultos.

"Eres una puta."

Los golpes.

"Me das asco."

Son huellas de dolor que se graban en el cuerpo y en la mente.

Alquilamos un piso modesto a las afueras de una ciudad pequeña. Tomé aire, pasé página y me adapté. Mi hermana y yo hicimos grandes amigos, estudiamos con ganas y prosperamos.

Mi padre y su don de gentes le permitieron convertirse en la mano derecha de su jefe, y juntos abrieron un pub en Cánovas del Castillo. Era un trabajo duro con un horario nocturno muy complicado. Si a eso añadimos el estrés que sufrió debido al cambio de país, tenemos la receta perfecta para que la relación junto a mi madre se deteriorara.

Con el pasar de los años, mis padres se fueron distanciando hasta que un día, inevitablemente, la acumulación de malentendidos y peleas les hizo tomar la decisión de vivir juntos como compañeros de piso. No podían permitirse un piso por separado, y me parece que nadie de clase media en este país puede hacerlo.

Años después, me enteré del motivo de la separación: fue por una infidelidad de mi padre. Aunque enterraron el hacha de guerra, mi madre jamás le perdonó del todo porque lo consideró el culpable de la ruptura familiar.

No le guardo rencor por ello. He aprendido que cada uno tiene sus propios motivos para actuar de cierta manera, ya sea para bien o para mal. Aun así, siguió estando ahí para sus hijos.

Cuando esto sucedió, yo tenía diecisiete años.

Era inevitable que la convivencia como compañeros de piso, tarde o temprano, llegaría a su fin. Yo era muy consciente de ello y cuando ese día llegó, él se sentó en mi cama para despedirse. Encontró un trabajo en Denia relacionado con la náutica, algo en lo que es experto. Le ayudó su dominio en finanzas e inglés. Por suerte, esa ciudad está a menos de una hora de la nuestra.

—Cielo, papá se va de casa, pero no significa que se marche de sus vidas. Ustedes son mis hijos y nada va a cambiar. Sabes que me tienes para lo que necesites —explicó—. Si surge un problema, si necesitas ayuda o si algo te preocupa, si tienes una pesadilla, ya sean las tres de la mañana o las cinco, llámame y vendré volando.

Nunca lo llamé por una pesadilla, pero sí por innumerables cosas más: para que me recogiera de una discoteca porque mis amigos estaban borrachos, cuando me quemaron un ojo con un cigarrillo a las cuatro de la mañana por accidente, cuando se me llevaba el coche la grúa o, simplemente, cuando estaba triste y necesitaba consejo. Siempre fue el que me explicó el "por qué" de todas las cosas. Me enseñó que, por mucho que se complique la vida, siempre encontraré una solución; que los problemas de dinero no eran un problema de verdad, que tu profesión no te pone por encima de nadie, que los estudios y la cultura no te aseguran un buen futuro, aunque, por el contrario, sí te aseguran la posibilidad de escalar con rapidez en cualquier trabajo que desempeñes porque, como él siempre dijo: lo que aprendió en cinco años un operario del McDonald's, tú lo puedes aprender en una semana, pero lo que tú has aprendido en cinco años en tu carrera, no se aprende en siete días.

Por mi padre siento un amor inconmensurable y una admiración que no siento por nadie más, sin embargo, despierta mi instinto protector porque me aterra que le suceda algo. Es, llegado el momento, una de las personas que más me dolerá perder en esta vida.

Mi madre repitió hasta el cansancio y con cierto rin tintín: "eres igualita que tu padre". Su tono sonaba a insulto, aunque siempre lo sentí como un piropo.

A pesar de los muchos problemas que surgieron entre mis padres, a pesar de los conflictos y los momentos intensos, papá jamás le dijo a mamá: "Ni madre sabes ser, hija de la gran puta".

Él no dejó de repetirlo.

Creí sus promesas.

La creí con todo mi corazón.

Los años pasaron a toda velocidad y, como casi todo adolescente que se acerca a la mayoría de edad, tuve mis parejas, mis romances de verano, mis desamores... No soy una mujer a la que le guste echarse flores, la verdad, pero reconozco que siempre fui el centro de atención de todos los chicos de la pandilla de amigos. Aunque algunos de ellos eran agradables e interesantes, ninguno destacó lo suficiente como para despertar un interés en mí. He de añadir que no era más que una jovencueta, y los criterios de búsqueda en un hombre, necesidades en una relación y deseos personales que tenía por aquel entonces difieren mucho de los que tengo en la actualidad.

Todos maduramos, ¿verdad, *Confidente*?

Continué viviendo con mi madre hasta completar la carrera de pedagogía. Una vez graduada, sentí la necesidad de escapar del drama familiar y buscar nuevos horizontes. Tiempo después, me trasladé a Denia, una ciudad costera llena de vida y turistas, junto a mi padre. Fue allí donde lo conocí a él.

Fue allí donde me perdí en la oscuridad.